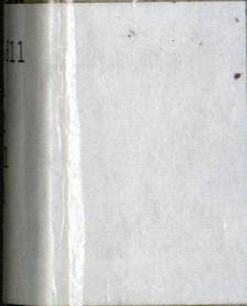




FERNÁNDEZ

Fábulas

ASCÉTICAS.



11

85



FERNANDEZ
FÁBULAS
PASCÉTICAS

PQ6611

.E4

F42

1901

c.1

40003

586010



1080021948

EX LIBRIS

HEMETHERII VALVERDE TELLEZ

Episcopi Leonensis

FÁBULAS ASCÉTICAS

FÁBULAS ASCÉTICAS

EN VERSO CASTELLANO

Y EN VARIEDAD DE METROS

POR

DON CAYETANO FERNÁNDEZ

Dignidad de Chantre, por Su Santidad, de la Metropolitana de Sevilla,
Individuo de número de la Real Academia Española
y Preeminente de la Sevillana de Buenas Letras.

CON UN PRÓLOGO

DEL ILMO. SEÑOR

DON AURELIANO FERNÁNDEZ-GUERRA Y ORBE

QUINTA EDICIÓN

NOTABLEMENTE AUMENTADA



UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN

Capilla Antonina
Biblioteca Valverde y Tobo

Biblioteca Universitaria

MADRID.

LIBRERÍA DE GREGORIO DEL AMO

Calle de la Paz, núm. 6.

1901

L.A. HORMIGA DE ORO
LIBRERÍA-BARCELONA

46663

PQ 6611

F42

1901

Se reimprime este libro con aprobación de la Jurisdicción Eclesiástica y con la bendición y recomendación de todos los Romos. y Excmos. Prelados de España. Está asimismo declarada de texto para los colegios y escuelas.



FONDO EMETERIO
VALVERDE Y TELLEZ

Madrid. Imp. del Asilo de Huérfanos del S. C. de J., Juan Bravo, 5.

Á LOS QUE LEERÁN

Nunca, ni la palabra, ni la escritura alcanzaron éxito tan eficaz como valiéndose del apólogo; porque la inteligencia humana, sobre todo en los primeros albores de la vida, más se deja llevar del animado ejemplo, que de la árida amonestación; y cuando no puede recrearse con la representación viva de hechos imaginarios (que es su encanto mayor), goza deleitablemente con la relación breve, sencilla y clara de toda clase de consejas.

Reconocida la activa y poderosa influencia que ejerce indirectamente el apólogo por medio del ejemplo, sólo deben admitirse en tales composiciones los asuntos honestos é inofensivos, de cuya relación, y sin necesidad de comentarios, se venga á desprender

010385

enseñanza provechosa. Así que, llevado de este convencimiento, y considerando las buenas fábulas como la verdadera filosofía de los niños, exhorta Platón á las nodrizas, en el libro segundo de *Republica*, para que instruyan con ingeniosos cuentecillos á los tiernos infantes.

Llámase propiamente *apólogo* una ficción inocente y decorosa, explicada con brevedad, claridad y sencillez, donde, hablando ó intervinendo hasta los seres irracionales, se enseña agradablemente una verdad moral, económica ó política, destruyendo errores y mejorando las costumbres. El apólogo nació de la necesidad que tuvo el hombre de concretar las demostraciones abstractas, y de transmitir por medio de la palabra á sus hijos y descendientes el sazonado fruto de la experiencia. Así, pues, data su origen de los más remotos siglos. Difundióse por las regiones del Indo y el Ganges, donde, al influjo de las ideas panteísticas y de la metempsícosis (consecuencia inmediata de ellas) podía suponerse con alguna verosimilitud dotados de razón y palabra á los seres irracionales é inanimados. Con lo cual la India nos ofrece antiquísima

colección de fábulas políticas, en la intitulada *Kabila y Dimna*, por los nombres de las dos zorras del primer apólogo, y que también se dice *Pancha-Tantra*; esto es, las cinco partes ó capítulos, trabajo atribuído al brahmán Pilpay ó Bidpay. Un compendio de esta obra lleva el rótulo de *Hítópadesa* (Instrucción saludable) y le trajo á Persia en el siglo VI de nuestra Era el médico Barzuyeh, que le tradujo en lengua pehleví, dedicándolo á Cosroes, segundo de los Príncipes sasánidas. Hacia el octavo siglo pasó esta versión al árabe el persa Ruzbeh, sectario de Zoroastro, llamado, al hacerse musulmán, Abdallah ben-Al-mocaffá; y de aquí vino al griego en la pluma del médico Simeón, cuando terminaba el siglo XI. Con ello persas, árabes y griegos no cesaron de compendiarlo ó ponerlo en verso, animando á los judíos, á los italianos, alemanes y españoles, para que le poseyeran también en su lengua respectiva. Al Rey Don Alfonso X, *el Sabio*, y siendo infante, se debe la más antigua y más bella versión castellana, hecha á vista del ejemplar árabe de Al-mocaffá.

Pero la prueba más remota del predominio

y eficacia del apólogo está en el sagrado *Libro de los Fuces*, en aquella *fábula de los árboles* con que Joathán, hijo de Gedeón, reprendió, mil trescientos nueve años antes de Jesucristo, á los siquemitas el asesinato de los setenta hermanos suyos por el bastardo Abimelech. ¿Dónde más poderoso medio cuando se trata de persuadir y demostrar brevemente? Con sólo cierta fábula ingeniosa pintando una discordia entre el humano vientre y los miembros, logra Menenio Agrippa salvar la república romana y deshacer un feroz motín del pueblo contra el Senado.

Un hombre, insigne seguramente, floreció en Frigia quinientos sesenta años antes de nuestra Era, esclavo de dos filósofos, al segundo de los cuales debió la libertad. Llamado por Creso, Rey de Lidia, obtuvo señalados beneficios de él, y luego hubo de recorrer Grecia, Persia y Egipto, mereciendo por la inventiva, dulzura, sencillez y sana moral de sus apólogos, que los atenienses le erigieran una estatua y la colocasen al frente de las de los siete sabios, contemporáneos suyos; distinción bien merecida y que la posteridad ha confirmado, extendiendo y vulgarizando

por todo el mundo las obras de tan maravilloso ingenio. ¿Quién no conoce, quién no admira las *fábulas* de Esopo? No pudo desvirtuar su gloria el haberle precedido Hesiodo, fingiendo un coloquio entre el rui señor y el gavilán, pues la fama en los trabajos intelectuales suele adjudicarse, no tanto al inventor como al que aplica y perfecciona con utilidad el invento. Llamáronse *esópicas* las buenas fábulas que se compusieron de allí en adelante, y los inmortales rasgos del narrador frigio alcanzaron ser puestos en verso por Sócrates.

Apasionado imitador del antiguo apologista, brilló en Roma, seis siglos después, Fedro, nacido en Tracia y liberto de Augusto, adquiriendo imperecedero renombre con sus cinco libros de *Fábulas esópicas*, las cuales rebosan en gracia, moralidad y sencillez. Los elogios que en ellas hizo á la virtud, valieronle sañuda persecución del ministro Seyano; pues la tiranía de los déspotas se enfurece al oír la voz de la verdad, engaitados con las nauseabundas lisonjas y adoraciones de hombres infames, que en la adulación hallan su medro.

Cuando en la edad de Esopo y Fedro el lenguaje simbólico se hallaba generalizadísimo, y las figuras y estatuas de los monumentos hablaban casi tanto como las inscripciones, fué acertado invento el de valerse de los animales, y de las piedras, y de los árboles y montañas, para personificar los actores de las fábulas; puesto que cada clase de aquellos seres irracionales ó inanimados, por su aspecto, costumbres, naturaleza, condiciones, y propia y característica fisonomía, ofrece semejanzas admirables con el sér racional, que pueden utilizarse en la crítica y retrato de la sociedad humana.

También, á últimos del siglo VI, Rufo Festo Avieno se aprovechó de las fábulas de Esopo, reproduciéndolas en versos elegíacos.

Pero quien las hizo familiares entre los españoles fué Pedro Simón Abril, que las tradujo del griego al latín y al castellano juntamente, con admirable perfección, año de 1575.

Á Esopo no se ha de estimar genuino creador del género apológico, por más que hubiera de aparecer éste y resplandecer en su ingenio con la perfección y gallardía que

mostró Minerva al nacer de la cabeza de Júpiter. Cultivóse en la edad augústea y en la de Teodosio; pero, como todas las amenas letras, hubo de olvidarse con la ruina del Imperio romano, preocupada por grandes intereses la Europa y empeñada en feroz lucha durante largos siglos. No sucedió así en el Oriente, donde la fábula y las fábulas tuvieron su cuna, y de donde volvió al Occidente el apólogo en cuanto hizo, con la de los árabes, causa común la literatura latina.

La versión del libro oriental de *Calila e Dymna*, hecha en el siglo XIII por orden del Rey Sabio, y la de otras leyendas del mismo origen, fueron despertando en los escritores españoles la afición á la parábola.

Generalizado ya este gusto en el siglo siguiente, compuso D. Juan Manuel, ilustre nieto de San Fernando, su *Conde Lucanor* ó *Libro de Patronio*, año de 1327, que es una verdadera colección, en prosa, de cuentos doctrinales, tomados tres de ellos de las *Fábulas de Pilpay*; dos de la *Disciplina clericalis*, de Pedro Alfonso; uno, el del hombre que probaba á sus amigos, está en el *Libro de los Castigos é Documentos* escrito por Don Sancho

el Bravo, y otros vienen de historias árabes.

Casi por la misma época (1337 á 1367) trazaba Joan Roiz, Arcipreste de Fita, su *Libro de Cantares*, introduciendo varios apólogos con el nombre de *ensiemplos*, algunos espirituales y de sana doctrina, y otros que, teniendo por asunto el amor profano, á pesar de la buena intención, ofrecen arriesgada enseñanza.

Tanto D. Juan Manuel como el Arcipreste de Hita disfrutaron, para sus inapreciables antiguas y populares tradiciones, de los libros orientales que abundaban entonces por toda España, y los de griegos y latinos. Dígalo, si no, en los *Cantares*, el *ensiemplo de las ranas en cómo demandaban Rey á Don Júpiter*.

El *Exemplario contra los engaños y peligros del mundo*, versión española hecha entre 1420 y 1480 del *Directorium humanae vitae, alias Parabolae antiquorum sapientium*, por Juan de Capua, es sólo una mera traducción de las *Fábulas de Pilpay*. Con la Edad Media acaba el gusto por el apólogo. Otra cosa muy diferente viene á ser ya la fábula durante el Renacimiento, convertida en canto épico, lírico ú elegíaco; y han de pasar más de dos siglos

antes que Esopo, Fedro y Pilpay vuelvan á inspirar á los poetas españoles.

Ni el advenimiento de la Casa de Austria, que llevó nuestras banderas á las regiones del Norte, patria de los cuentos y leyendas, y donde no era extraño el conocimiento y uso del apólogo; ni las españolas empresas de Italia, de cuyo suelo habíamos traído ya el *Decámeron* de Bocaccio, lograron despertar la afición perdida. El ideal fantástico y hazaroso de los libros de caballerías, fiel intérprete del pensamiento español en aquellos siglos, tenía que desdeñar la ingenuidad y sencillez positivas y triviales de la parábola, arrinconándola como trasto viejo de gañanes y pastores, impropio de los cintillos, plumas y bengalas del apuesto guerrero. Sin embargo, en cuanto llegó á mayor edad la hispana Talía, gozaronse nuestros colosos dramáticos en interpolar, con multitud de cuentos y algunas verdaderas fábulas, sus obras escénicas, mientras los rasgos de Esopo y Fedro servían de amoroso texto en las escuelas.

El último renacimiento greco-romano, intentado orillas del Sena, vale á Francia un Lafontaine, que aprovecha los trabajos de

cuantos fabulistas le habían precedido, pone de moda á su muerte el apólogo en toda Europa, y anima á los españoles del pasado y del presente siglo.

¡Con qué preciado tesoro de elegantes parábolas enriquecen nuestro Parnaso multitud de escritores insignes, tales como un Iriarte, un Samaniego, un Agustín Príncipe, un Hartzenbusch, y tantos otros beneméritos de las musas! Literatura, moral, política, la sociedad entera, el hombre en todos sus estados y clases, muestran al ingenio español nuevas y desconocidas sendas para lucir la imaginación más florida, el fecundo estudio, la más noble experiencia. Quedaba todavía por beneficiar una rica mina, la de la verdadera *fábula ascética*, por más que éste ó aquél de los *ensiempros* introducidos en los *Cantares* del Arcipreste de Hita aspiren á tan alta calificación.

Ardua y llena de riesgos la empresa, como muy delicada de suyo, acometiéndola hace poco el Sr. D. Cayetano Fernández, individuo de número de la Real Academia Española, con fe cristiana, vasto saber y ánimo constante; y llevó al apólogo la verdad de las verdades, la verdad evangélica, correspondiendo el asunto

á los fines y la forma al asunto. Guardado estaba un tan digno lauro para el eclesiástico respetable que (dotado del numen creador y poético, que del Cielo y no de otra parte se recibe) cultivó todos los buenos estudios y el mayor de todos, el de la Sagrada Teología, morando en los verjeles de la bella literatura, y que pudo conocer á fondo el corazón humano en el constante ejercicio de su sagrado ministerio. Preciso era que se reuniesen todas estas cualidades y circunstancias en una sola persona, para escribir gallardamente las FÁBULAS ASCÉTICAS, EN VERSO CASTELLANO Y EN VARIEDAD DE METROS.

Si la enseñanza de buenos principios constituye la naturaleza del apólogo, ¿qué documento más provechoso y de mayor importancia que el apólogo ascético, cuyo objeto es la moral evangélica y á veces también el dogma, dirigiéndose todo por la mira de despertar al lector y conducirle agradablemente á la perfección cristiana?

Vense, pues, en las FÁBULAS ASCÉTICAS del Sr. D. Cayetano Fernández verdades gravísimas y profundas, como en las parábolas que intitula *El Tiempo, El Sol y la Luna, El Si-*

glo XIX y el Solitario, Los Pecados Capitales y El Aire y el Insecto; terribles amenazas, como en El Niño Diabólico, La Exposición Artística de los Animales, El Mastín y el Perro, Los Primeros y los Últimos, La Erupción del Vesubio y El Primogénito; ejemplos los más instructivos, como en El Médico enfermo, La Dama y el Esqueleto, el Girasol, El Doblón y el Andrajo, El Joven como hay muchos, Júpiter y varios animales, El Leopardo y la Ardilla, Las dos Amigas, El Cerdo y la Mona, El Elefante y el Microbio; y, en fin, pensamientos los más consoladores, como en La Azucena, El Llanto y la Risa, El Caracol y el Cigarrón, El Armiño, El Castor y el Fabalí, Dorila y Aminta, La Rosa entre espinas, La Mariposa y la Abeja y La Carreta y el Tren. El Evangelio que admiramos y veneramos esculpido en piedra y en bronce, pintado en lienzos, descrito en viajes y cantado en poemas, ha sido también puesto en fábulas por el digno eclesiástico sevillano, cuya elección tanto realce ha venido á dar á la Real Academia Española.

El fabulista recorre todos los metros conocidos y los ensaya nuevos, en combinaciones peregrinas y de suma dificultad, lo cual hace

que estas FÁBULAS, puntuadas como están esmeradamente, sean lo más á propósito para adiestrar á los niños en la lectura del verso y para afinar su oído, obligándoles á recorrer todo el diapasón de la métrica española.

Abundan los sonetos en el libro del señor don Cayetano, porque el fabulista no perdona medio, por costoso que le haya sido, para conseguir que los lectores beban sin repugnancia el licor, amargo muchas veces al humano apetito, animándolos con el atractivo de la copa en que se lo brinda.

Niños y ancianos, sabios é ignorantes, malos y buenos, han de hallar instrucción y deleite con esta obra; comentarla, fuera imperitencia; recomendarla, vanidad. Ella por sí misma se recomienda á quien tiene la suerte de cogerla en sus manos; y hartos lo dice el haberse, en breve tiempo, agotado ya dos ediciones de 6.000 ejemplares, y el buscarse con tal interés y vivo empeño que es necesaria ésta ¹.

AURELIANO FERNÁNDEZ-GUERRA Y ORBE.

¹ Este prólogo fué escrito para la cuarta edición, de 6.000 ejemplares, ya agotada por completo.